

Contra el olvido

Domingo-Luis Hernández

Recuerdo que me resultó extraño descubrir a Alfonso García como escultor. No porque los objetos que dispuso entonces ante mi vista me parecieran despreciables. Al contrario. La armonía de las líneas en su forjado tridimensional, esa apuesta suya por la sencillez en el contrapunteo objetual en el espacio, me sorprendió. Me dijo: "Has visto la pieza de la rotonda en la Estación de Guaguas de La Laguna?". Y yo (por quedar bien con el amigo que antaño había compartido piso de estudiante con algunos veteranos de La Laguna y de la Universidad) contesté que sí; "por supuesto". La verdad es que, si no había pasado desapercibida su propuesta todas las veces que había cruzado por allí camino del colegio de mi hijo, camino de otro menester hacia la autopista o desde la autopista del norte hacia mi antigua casa de la Calle Anchieta, no había prestado la atención que se merecía. Luego, era menester una excursión hacia ese lugar para ver y rever.

Una figura que se contorsiona, que socava el peso de su estructura por una invitación al movimiento y a la metamorfosis es lo que desde entonces contemplo. Hierro que se herrumbra; nitidez, sosiego y alegría que desprecian la elocuencia, la ostentación y la arrogancia. Equilibrio y medida.

Esa vez preparaba Alfonso García una exposición para el Instituto de Estudios Hispánicos a la que puso el título de "Nada". Y jugaba Alfonso con las proporciones renacentistas y el equilibrio, con esferas que se abismaban en mundos huecos, con dimensiones que se expandían en el papel, con estructuras que apuntaban al juego que define la esencia misma del hombre, su trama ontológica: el todo en la nada.

Me pidió que colaborara en el catálogo con lo que "quisiera". Y yo le ofrecí un largo cuento que titulé "Vacío". Estructura la historia de un médico, un cirujano enfermo terminal de cáncer, que acosa a otro hombre en un alucinante recinto para moribundos. La sombra del tiempo y de la muerte flotan sobre las frágiles vidas y las conciencias de los protagonistas. Eso nos ocurre: el miedo a desaparecer no es más perturbador que la lucha por vivir. Yo había observado a mi amigo Alfonso García aferrado a libros con dibujos horripilantes en sus estudios de Enfermería, en aquel piso feliz de la Milagrosa en La Laguna. Y oí varias veces hablar a Alfonso del programa en el que participaba y participa sobre el apoyo en situaciones de muerte inminente, esa que nos toca no sólo teóricamente sino que percibimos y sufrimos de manera cercana. Así es que, eso y una situación personal, se confabularon. Él me pidió y yo decidí.

Fue así, sin proponérselo, cuando la escultura y la literatura se unieron parcialmente en aquel año de 1996.

Seguí su rastro. Lo encontré de nuevo tras una exquisita colección de cortes transversales de pino policromado con brillantez en partes muy precisas. Me entusiasmó el trabajo, el modo de horadar la madera, la disposición de los clavos (como bosques tupidos, como cuadrículas urbanas perfectas, como espinos que salen de la piel) en algunas de las piezas y el atinado soporte de metal en los que descansaban.

No ha perdido la frescura y la síntesis en el disponer. Tampoco (y pese a todo) el optimismo que lo embarga. Objetos que ocupan dimensiones en el espacio que transitamos, que lo alteran y que se repiten. Ofertas para suspender el delirio de las horas cuando la vista se complace en descubrir y en proyectarse en ese instante que enmudece el tiempo y se permuta cuando lo aboradas desde los puntos cardinales en que tus ojos se apostan. *Materia orgánica* que no es ya lo que antes era ni lo será jamás fuera del alarido vegetal ahora mutilado. Así suena la imagen del paraíso perdido que los hombres construimos con nuestras manos.

Alfonso me abordó de nuevo en la cafetería de mi Facultad de Filología. Me arrastró a su casa, la casa de un artista, tan simple y escueta como su escultura, prado de maderas y olor a maderas desde el suelo. "Esto es parte de lo que mostraré en diciembre", me dijo. Salimos al

patio. Tres grandes esculturas verticales de acero nacían desde el piso. Y en el interior un conjunto de pequeñas figuras que ordenó con dos títulos: “Volátil” y “Artistas”.

Las primeras son de hierro. La textura me sorprendió. Y palpé: una superficie brillante que deja acariciar las marcas de la lija. Perfectas. Láminas que suspiran como ondas del mar. Son estructuras con viento incorporado. Sólidas. Las ondulaciones reinventan el movimiento plegándose y desplegándose desde sí y sobre sí. Las alas de Chillida invocan una continuidad que se desliza hacia el infinito, un diálogo con el éter. La armazón de Alfonso extrema los ángulos en pos del desequilibrio armonioso. Todo concluye; todo se sustenta.

Me atrajo hacia dos piezas de la segunda serie (también de metal) que buscaba señalarme porque yo me dedico a la literatura. La trama nos confunde porque se asienta en el mismo lugar que nos vio crecer. Dicen que la memoria se repite como los fantasmas. Nada muere si tiene memoria y la memoria se encarna en las figuras que la contuvieron. Oímos hablar de adolescentes de un tal Agustín Espinosa. Era nuestro porque aquí (en Los Realejos) vivió y murió. Cuando estudiaba en el Instituto visité el frontal de la casa en la que el suceso se fundó. Luego me alongué a su tumba descuidada en el cementerio de la otra banda del barranco. Sus libros, el *Crimen* de Espinosa, me sorprendieron y me hicieron vivir al lado de un contiguo capaz de dar forma con las letras a un mundo alucinante, complejo, conturbador, rebelde e irreverente. Todas las trazas del pacato conservadurismo allí se sentenciaban. Eso lo condenó con saña en la dictadura de Franco y los leales del tirano lo acosaron, lo desarmaron, lo negaron, lo hundieron, lo humillaron, lo callaron y lo enfermaron hasta la muerte. Debajo de aquella sentencia arbitraria y rencorosa, fatiga repugnante al poder de la creación, una luz sustancial se abría paso en las tinieblas. El hombre de la imaginación, el hombre de la invención, el hombre capaz de dar forma al inconsciente, a las directrices del surrealismo, con un ingenio y una inteligencia que pocos han sido capaces de imitar en el idioma nos acompañaba.

Alfonso García se decidió. Un ser cercano que desmesuró los sueños y que armó de sentido nuestra ilusión. *Crimen* y *Lancelot*, la historia del asesino de la joven hermosa que lo atenazó (y se reafirmó en un epílogo que nombra “isla de las maldiciones”) y la estampación de una isla real (Lanzarote) sobre el ordenamiento imaginativo y mítico son su muestrario. De poco vale decir que Agustín Espinosa es uno (si no el primero) de los escritores de las vanguardias en lengua española si no lo acompañamos destejando el laberinto de sus letras y no lo creemos porque nos perdemos en su bosque por no andar prevenidos entre sus senderos. Ese hombre fundó el esplendor y fue en su esplendor (para otros, para los viles, queda su desgracia). Hoy nos conduce, porque la memoria no muere si las obras la sustentan.

Le conté a Alfonso (el destino es caprichoso, el azar y las coincidencias también) que yo también había decidido hacía pocos meses. Lo hice en la elección del *Crimen* de Agustín Espinosa como número primero de la colección “Sur.Real” que dirijo para la Editorial La Página. Me subyugó un trazo: la veladura, el corte, como si la incisión de una navaja así lo perpetrara, de un lienzo rojo del pintor ítalo-argentino Lucio Fontana. Le robé el motivo para la cubierta del libro que preparó (espléndidamente) mi amigo y más certero conocedor de Espinosa y del surrealismo José Miguel Pérez Corrales. El rojo de la superficie y la marca vertical en negro que apuntan al cuerpo señalado por la punta del puñal remiten a la incitante construcción de graffas dispuestas sobre las páginas inmaculadas del interior. Agustín Espinosa compuso esos surcos. Todo concluye allí; todo se sustenta; el todo se repite.

Aprecié que Alfonso había seleccionado otro objeto, más directo, más sustancial. No se arrimó ese hecho a la paradoja, no lo desprecié porque lo atractivo del arte y de sus lecturas es las sumas, tan infinitas como cuerpos pensantes que, por su voluntad, trazan los nuevos signos sobre los continentes. El signo poético eleva ahí el discurso objetual también a sueño. Es un revólver de caño contorsionado. ¿Viento que remueve las líneas que escupen balas o mano que se resiste a fijar la violencia como definitiva (¡pobres y malignos detractores de Agustín Espinosa!) más allá de los fundamentos en los que se sustenta el artificio?.

Concluí. El arte es esa prenda a la realidad. Su suficiencia es exclusiva. La vida de las letras y de la escultura no tiene parangón, no se confunde con lo que a los pobres mortales nos sucede. El arte pesa porque el arte existe, se abre camino a pesar de la ignorancia y de la

desidia. No hay homenaje a la evidencia. Nada es igual cuando el hombre propone alternativas. Si el tronco que Alfonso taló para organizar su *Materia orgánica* ya no es tronco, Agustín Espinosa ya no es Agustín Espinosa en las piezas que lo recuerdan. Realzar el motivo no es reinventar a Espinosa por los efectos de su *Crimen* o por los efectos de su *Lancelot*. No hay representación del modelo; el modelo representa al modelo en el espacio porque Alfonso García decidió, esculpió y fundó. El revólver de Agustín Espinosa no dispara, no hiere. El de Alfonso García tampoco. El de Espinosa y el de Alfonso destapan el juego, como el agraciado por el destino descorcha la botella que contiene al genio. La base de las esculturas sobre Agustín Espinosa de Alfonso García proponen su trascendencia. Subir el motivo, separar el motivo, modificar las posiciones del motivo arman el tiempo que contiene nombres, historias y residuos de los años como ocurre en una alucinante partida de ajedrez.

Los sucesos nos acompañan porque los sucesos son pasado. Los hombres que tienen nombre prueban que el tiempo no es un círculo infernal; es una cadena de signos y de símbolos. Los nombres singularizan, deciden sobre el anonimato que se enreda con lo común y se convierte en olvido, pueblan la existencia de *exempla* para compartir. El mundo contiene pocos héroes. Es cuestión de elegir. Alfonso García decidió. La apuesta lo acompaña, porque la apuesta asimismo a él lo singulariza, lo separa del central y absorbente torbellino de la nada.